



Génesis de la unidad corporal

Identidad y alteridad entre fenomenología y psicoanálisis

Genesis of Corporeal Unity Identity and Alterity between Phenomenology and Psychoanalysis

TOMÁS BRACCHITTA

tomas.bracchitta@hotmail.com
(UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES - ARGENTINA)

Recibido el 18 de julio de 2023 – Aceptado el 3 de mayo de 2024

Tomás Bracchitta es Licenciado en Psicología por la Universidad de Buenos Aires y estudiante de Filosofía por la misma casa de estudios. Se desempeña como Ayudante de Primera en la asignatura “Psicología Fenomenológica y Existencial” por la Facultad de Psicología en la UBA, y como Profesor Adjunto en las asignaturas “Psicoanálisis I y II” en la Universidad Abierta Interamericana. También ejerce como psicoanalista en distintos espacios profesionales. Es miembro del Grupo Husserl: Fenomenología concreta. Actualmente investiga los campos interdisciplinarios entre fenomenología y psicoanálisis.

RESUMEN: El presente trabajo busca problematizar la percepción del cuerpo como unidad y sus relaciones con la alteridad. Para ello se partirá de los desarrollos de la fenomenología y el psicoanálisis para abordar la constitución del cuerpo en tanto objeto. Respecto a la fenomenología, Husserl plantea dos dimensiones del cuerpo, en tanto cuerpo vivido (*Leib*) y en tanto cuerpo objetivo (*Körper*). El cuerpo, aunque sea percibido cotidianamente como unidad, presentará un horizonte interno. Merleau-Ponty retomará los desarrollos husserlianos planteando al cuerpo como una estructura habitual y temporal. Así podrá pensar fenómenos como el miembro fantasma donde el cuerpo actual no coincide con el cuerpo habitual. Por otro lado, desde el psicoanálisis Lacan planteará al estadio del espejo como ese momento en que el bebé es capaz de reconocer la imagen corporal en el espejo como propia, aportando una dimensión de unidad donde no la había. Al mismo tiempo, esta asunción posibilitará la formación del yo y de los otros en tanto otros. Así, se pueden pensar distintos fenómenos de distorsión o ajenidad de la imagen del cuerpo, como algunos fenómenos del cuerpo histérico, o alucinaciones verbales, así como la discordancia de la imagen actual.

PALABRAS CLAVE: Cuerpo – Alteridad – Psicoanálisis – Fenomenología

ABSTRACT: The purpose of this paper is to explore the perception of the body as a unit and its relations with alterity. In order to accomplish this, we will draw upon the developments of phenomenology and psychoanalysis to address the constitution of the body as an object. In relation to phenomenology, Husserl proposes two dimensions of the body: the lived body (*Leib*) and the objective body (*Körper*). Although the body is perceived in everyday life as a unity, it presents an internal horizon. Merleau-Ponty builds upon Husserl's developments, conceiving the body as a habitual and temporal structure. This allows for the consideration of phenomena such as phantom limb syndrome, where the actual body does not coincide with the habitual body. Within psychoanalysis, Lacan introduces the mirror stage as the moment when the infant is able to recognize the body image in the mirror as their own, providing a dimension of unity where it did not exist. Simultaneously, this assumption enables the formation of the self and others. Consequently, various phenomena of distortion or alienation of the body image can be contemplated, such as certain phenomena of the hysteric body or verbal hallucination, as well as the discrepancy of the current image.

KEY WORDS: Body – Alterity – Psychoanalysis – Phenomenology

1. Introducción

¿Es nuestro cuerpo un objeto? Esta es la pregunta que recorre el segundo capítulo de la primera parte de *Fenomenología de la percepción*, donde Merleau-Ponty discute con lo que él denomina la psicología clásica y descriptiva. Allí se postulaba que, efectivamente, el cuerpo era un objeto, pero no un objeto cualquiera, sino que poseía propiedades que lo distinguían de los otros objetos: es un objeto que no me deja, que permanece siempre conmigo; es un objeto que se resiste a su exploración total; es un objeto afectivo. Sin embargo se pregunta el autor: “¿Es todavía un objeto?”¹

Esta pregunta puede ser respondida por la positiva así como por la negativa. Por un lado, puedo tomar a mi cuerpo como objeto de mis percepciones, lo puedo explorar por el tacto, lo puedo ver en el espejo, puedo compararlo con otros cuerpos, medirlo, confundirlo con otros objetos del mundo, como un maniquí, por ejemplo. Pero, por otro lado, Merleau-Ponty resaltaré que el propio cuerpo nos aporta una perspectiva invariable, el punto cero a partir del cual puedo tener perspectiva sobre los objetos. Por lo tanto, no será un objeto más, sino la condición de posibilidad para que haya objetos, el telón de fondo sobre el cual pueden surgir estos, la estructura primordial de la cual participan. En otras palabras, el cuerpo no se reduce a su dimensión objetal, sino que su estructura primordial es la posibilidad de tener experiencia de objetos.

Aun así, el propio cuerpo posee una dimensión objetal, aunque esta no es la misma que la de los demás objetos del mundo. Podríamos decir que el cuerpo es un objeto privilegiado, aquel con el que nos identificamos. Al mismo tiempo, en condiciones normales, la identificación con mi cuerpo no es intercambiable con la de otros,

¹ Merleau-Ponty, Maurice, *Fenomenología de la percepción*, trad. Jem Cabanes, Barcelona, Planeta Agostini, 1985, p 108.

mientras que dos vasos, por ser idénticos en sus formas, sí lo son. Para decirlo de un modo más concreto, mi imagen en el espejo es mía, no la confundo con la de otro, es “mi” objeto. Reconozco que otros sujetos tendrán sus imágenes, pero no son intercambiables con la mía, no me confundo con otros. Ahora bien, la imagen en el espejo, en la vida cotidiana, sufre cambios, por ejemplo el corte de pelo, el cambio de ropa, el crecimiento, etc. A pesar de estos cambios de ropaje, la imagen sigue siendo la mía, la identificación no cae. Incluso uno puede ver una foto de su niñez e identificarse con el niño que está allí, aunque el cuerpo haya cambiado drásticamente. La identificación persiste.

Hemos resaltado la unidad firme que tiene el cuerpo –es decir, que a pesar de los cambios “siga siendo el mismo”– y la identificación de este como propio. Pero, esto no siempre es así. Podemos poner de relieve diversas experiencias abordadas por la fenomenología y el psicoanálisis donde dicha unidad es puesta en cuestión y el cuerpo puede ser experimentado con cierta ajenidad. Así se puede destacar el fenómeno del miembro fantasma abordado por Merleau-Ponty, donde, por ejemplo, en el caso de la pérdida de un brazo o una pierna, la persona actúa como si aún este estuviera presente. Así lo dice el autor en *Fenomenología de la percepción*: “En el caso del miembro fantasma, el sujeto parece ignorar la mutilación y contar con su fantasma como un miembro real, puesto que prueba de andar con su pierna fantasma y ni siquiera una caída lo descorazona”.² De esta manera, aunque se experimente la pérdida del miembro, aunque se perciba visualmente su ausencia, el sujeto continúa actuando como si estuviera presente. En otras palabras, el cuerpo es percibido como la unidad que era, y la nueva percepción (experiencia visual del miembro ausente, o caída en el intento de andar) no produce un cambio en la experiencia corporal.

Al mismo tiempo, podemos destacar algunos fenómenos donde el cuerpo presenta una dimensión de ajenidad, como los síntomas de conversión histéricos trabajados por el psicoanálisis. Ante estos, en la primera de las “Cinco conferencias sobre psicoanálisis”, Freud relata que son posibles dos concepciones. En referencia a los síntomas de parálisis orgánicas en las extremidades, sensaciones de asco, etc., los médicos a los que refiere Freud toman la siguiente posición:

² Merleau-Ponty, Maurice, *Fenomenología de la percepción*, op. cit., p. 100.

Si este cuadro clínico aparece en una joven en quien una indagación objetiva demuestra que sus órganos internos vitales (corazones, riñones) son normales, pero que han experimentado violentas conmociones de ánimo, y si en ciertos caracteres más finos los diversos síntomas se apartan de lo que cabría esperar, los médicos no juzgarán muy grave el caso. Afirmarán no estar frente a una afección orgánica del cerebro, sino ante ese enigmático estado que desde los tiempos de la medicina griega recibe el nombre de *histeria* y que es capaz de simular toda una serie de graves cuadros.³

La posición de los médicos, entonces, es que al no tratarse de una afección orgánica, la perturbación corporal sería asimilable a un disimulo, no poseería estatuto de relevancia. En otras palabras, si no es una afección visible en la carne, los huesos o los nervios, no es una afección corporal. A esta posición hace referencia Merleau-Ponty cuando habla de la perspectiva mecanicista, donde el cuerpo es entendido como un objeto donde sus partes “no admiten más que relaciones exteriores y mecánicas”.⁴ En oposición, Freud relata un fragmento del caso de Anna O., en donde, aunque no se encuentre una causa orgánica visible, la parálisis de su brazo es asociada a una vivencia ocurrida mientras la paciente cuidaba a su padre enfermo:

Cierta vez hacía vigilancia nocturna con gran angustia por el enfermo [...]. Anna estaba sentada junto al lecho del enfermo, con el brazo derecho sobre el respaldo de la silla. Cayó en un estado de sueño despierto y vio cómo desde la pared una serpiente negra se acercaba al enfermo para morderlo. [...] Quiso espantar al animal, pero estaba como paralizada; el brazo derecho, pendiente sobre el respaldo, se había ‘dormido’, volviéndosele anestésico y parético, y cuando lo observó, los dedos se mudaron en pequeñas serpientes rematadas en calaveras (las uñas).⁵

Si bien no es el objetivo desarrollar el caso de Anna O., por un lado es interesante remarcar que, a partir de esa vivencia, sobreviene una parálisis rígida en su brazo. Por otro lado, es notable lo similar de la referencia del serpenteo del brazo con la descripción

³ Freud, Sigmund, “Cinco conferencias sobre psicoanálisis” en *Sigmund Freud Obras completas XI*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1976, p. 8.

⁴ Merleau-Ponty, Maurice, *Fenomenología de la percepción*, op. cit., p. 92.

⁵ Freud, Sigmund, “Cinco conferencias sobre psicoanálisis”, op. cit., p. 12.

de Merleau-Ponty sobre la anosognosia:

Los individuos que sistemáticamente ignoran su mano derecha paralizada y dan la izquierda cuando se les pide la derecha, hablan, no obstante, de su brazo paralizado como de una “serpiente larga y fría”.⁶

Estas descripciones muestran que, si bien la experiencia corriente del cuerpo coincide en una identificación de su imagen, un sentimiento de identidad y expresión de unidad, encontramos casos en que estas características desfallecen. Por lo tanto, proponemos un recorrido partiendo de los desarrollos de la fenomenología y el psicoanálisis para comprender, en primera instancia, esta aparente dimensión objetual del cuerpo, y sus rasgos de unidad e identidad. Luego, a partir de estos fenómenos en los que esta unidad es puesta en cuestión, abordaremos la génesis del cuerpo como objeto y su relación con la alteridad. Finalmente, intentaremos extraer algunas conclusiones sobre el vaivén identidad-ajenidad del cual el cuerpo es testigo.

2. Constitución de la estructura unitaria de los objetos.

Husserl en *Ideas II*, al abordar la constitución del cuerpo, lo destaca como órgano experimentante y percipiente, tanto de los demás objetos, como de él mismo. Así refiere:

Hemos visto que en toda experiencia de *objetos cósmico-espaciales*, EL CUERPO [*Leib*] ‘CONCURRE’ como órgano perceptivo del sujeto experimentante y ahora tenemos que afrontar la constitución de esta corporalidad. Aquí podemos elegir de inmediato el caso particular en que el *cuerpo* [*Körper*] experimentado espacialmente que es percibido mediante el cuerpo [*Leib*] es el mismo *cuerpo* [*Körper*] material.⁷

Tomando el sentido del tacto, por ejemplo, al palpar y aprehender los objetos del mundo, el cuerpo se encuentra en una dimensión activa, experimentante. Por otro lado, siguiendo con el mismo

⁶ Merleau-Ponty, Maurice, *Fenomenología de la percepción*, op. cit., p. 95.

⁷ Husserl, Edmund, *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica. Libro segundo: Investigaciones fenomenológicas sobre la constitución*, trad. Antonio Ziriión Quijano, México, FCE, 2005, p. 184.

ejemplo, el cuerpo puede ser tocado, tomado como objeto palpado, como *cosa*.⁸ Al tocar mi mano derecha con mi mano izquierda, la primera, la derecha, es experimentada como correlato objetivo, como objeto de mi percepción; al mismo tiempo mi mano izquierda, la tocante, no presenta la misma experiencia, no es percibida como objeto, sino que le corresponde la dimensión experimentante. Tal es el fenómeno de “sensaciones dobles” donde la mano izquierda es activa y percipiente, teniendo como correlato a la mano derecha, que es experimentada como objeto y es pasiva. De esta manera, se pueden diferenciar una parte tocante, agente, activa o *Leib*, como lo nombra el autor, del cuerpo; y otra parte tocada, objeto, pasiva, es decir, *Körper*. El cuerpo comprendería estas dos dimensiones: *Leib* y *Körper*.

Al tener una dimensión objetal, el cuerpo presenta ciertas propiedades que comparte con los demás objetos. De esta manera, al percibir un objeto este nos muestra siempre una sola cara, siempre vemos la cosa desde una perspectiva. Luego es posible enriquecerla con nuevas percepciones, nuevas perspectivas, pero la impresión actual siempre será desde una sola cara. Del mismo modo, tampoco el cuerpo puede ser percibido en su totalidad, desde todos lados. Por ejemplo, en referencia a la visión, “mi cabeza no se ofrece a mi vista más que por la punta de la nariz y por el contorno de mis órbitas”.⁹ Incluso el espejo no podría colmar este vacío: “puedo ver mis ojos en un espejo de tres caras, pero ya serán los ojos de alguien que observa”.¹⁰ También podríamos pensarlo en relación al tacto, ya que las partes tocantes-tocadas que mencionábamos en el fenómeno de “sensaciones dobles” se excluyen mutuamente: la mano izquierda tocante puede pasar a ser tocada siempre que la mano derecha, tocada, pase a ser tocante. Hay una dimensión de alternancia entre ambas, es decir, nunca el cuerpo es totalmente objeto.

Ahora bien, al percibir los objetos del mundo, aunque no tenga presentes todas sus perspectivas, todos sus lados, no creo que estos lados falten, que el objeto se encuentre incompleto. Al ver una casa por el frente, espero que posea un lado trasero, del mismo modo que al ver la tapa de un libro espero que posea una contratapa. Esa

8 Husserl, Edmund, *Ideas relativas...*, op. cit., p. 185.

9 Merleau-Ponty, Maurice, *Fenomenología de la percepción*, op. cit., p. 109.

¹⁰ *Ibidem*.

espera puede luego ser confirmada o no, pero lo importante es resaltar que el objeto no se presenta como incompleto aunque no sea percibido en su totalidad. Lo mismo sucede con el cuerpo. Aunque este no nos muestre todos sus lados, aunque no se presente plenamente, cuando vemos nuestra parte frontal en el espejo, no experimentamos la falta, la ausencia de nuestra espalda. Si bien hay una parte que escapa a la percepción intuitiva, el cuerpo y los otros objetos son percibidos como unidad.

Continuando con el ejemplo del libro, al percibir su tapa yo espero encontrar una contratapa en su parte trasera. Puede suceder que después de mucho uso, al dar vuelta el libro encuentre que su contratapa se extravió y me sorprenda con un libro sin contratapa. En otras palabras, ese objeto es modificado por una impresión nueva, y sin embargo no por ello ha dejado de ser el mismo libro. Entonces, los objetos pueden ser enriquecidos por percepciones futuras, presentan un horizonte interno. Estas apreciaciones son comprendidas por el concepto de aperccepción que plantea Husserl. Toda percepción es aperccepción, es decir, toda percepción es una relación entre mi impresión actual, mis retenciones pasadas, y las posibles percepciones futuras:

En toda conciencia presente reside una “aperccepción”. De hecho, no es pensable ninguna que en su flujo esencial de presencia a nuevas presencias no vaya más allá del estricto presente; ninguna es pensable sin horizontes retencionales y protencionales, sin una co-conciencia (aunque una conciencia necesariamente no intuitiva) del pasado de conciencia y una anticipación de la conciencia por venir (sin importar qué tan indeterminada pueda ser).¹¹

Como se ve, no es posible pensar la unidad objetal sin recurrir a la experiencia temporal de los objetos: además de su impresión actual, del estricto presente, se encuentran en juego las percepciones pasadas, o su horizonte retencional, y sus percepciones futuras, u horizonte protencional.

En sus *Lecciones de fenomenología de la conciencia interna del tiempo*, Husserl se pregunta cómo es posible reunir la multiplicidad de datos en las aprehensiones de objetos temporales, en tanto estos

¹¹ Husserl, Edmund, “Método fenomenológico estático y genético (1921)”, trad. Ignacio Quepons Ramírez, en *Acta Mexicana de Fenomenología*, vol. 3, Abril 2018, p. 118.

están sometidos al fenómeno de duración. En otras palabras, el mismo objeto se me da mediante escorzos, en tanto el presente instantáneo o impresión deja lugar a una impresión nueva del mismo objeto, pasando a ser la primera un pasado inmediato o protención. Sin embargo, el objeto sigue siendo el mismo, “lo percibido permanece presente para nosotros un lapso de tiempo, pero no sin modificarse”.¹² Los escorzos, las multiplicidades con que se presentan los objetos temporales trascendentes son reunidos, vinculados, generando así la unidad del objeto. No desaparece mi percepción pasada al visualizar un objeto o al escuchar una melodía, en caso contrario serían notas aisladas sin relación. Al mismo tiempo, si ya he escuchado la melodía, al reproducirla espero que en su reproducción esta resulte de la misma manera, se comporte del mismo modo. Entonces deslindamos retención, impresión y protención como estructuras a partir de las cuales los objetos pueden ser percibidos como unidad.

Cabe destacar que esta reunión o aprehensión de los estratos temporales no es producida activamente por un yo, sino que es ubicada por Husserl del lado de la pasividad. Esta sería una de las diferencias fundamentales con respecto a Kant, quien ubicaría la función de síntesis del lado del entendimiento, del yo activo. Husserl destacará, además de la actividad del yo, operaciones pasivas de la experiencia, operaciones que no emanan de un yo atento. Si bien podemos encontrar en Kant un antecedente de la noción de pasividad que el mismo Husserl reconoce en la teoría de la “síntesis de la imaginación productiva” de la primera edición de la *Crítica de la razón pura*, Husserl introducirá la noción de síntesis pasiva para dar cuenta de estas síntesis que no son producto de un yo activo, y que podríamos ubicar del lado de la sensibilidad/imaginación. Así, Osswald aclara que Husserl:

[...] no puede más que rechazar la distinción entre una sensibilidad identificada con la mera receptividad y un entendimiento enteramente responsable de las operaciones sintéticas, en la medida en que la nueva concepción debe explicar la formación de unidades que tiene lugar con anterioridad a la intervención de un yo activo.¹³

¹² Husserl, Edmund, *Lecciones de fenomenología de la conciencia interna del tiempo*, trad. Agustín Serrano de Haro, Madrid, Trotta, 2002, p. 33

¹³ Osswald, Andrés M., “El concepto de pasividad en Edmund Husserl” en *Areté Revista de Filosofía*, vol. XXVI, N° 1, 2014, p. 41.

En el mismo sentido, y retomando la referencia al tiempo, podríamos preguntarnos qué es lo que enlaza la retención, la impresión y la protención, por qué esas fases de la conciencia se relacionan entre sí. Para dar cuenta de estas síntesis, Husserl propone una conciencia absoluta constituyente del tiempo: conciencia que no es tematizable, es decir, no es objeto de un yo activo, y que es la responsable de constituir el flujo del tiempo fenomenológico. En otras palabras, es una conciencia no intencional, no temática, pasiva, que une las fases de la conciencia temporal. Esta conciencia es pasiva, en el sentido de que opera como fundamento de los actos intencionales y posibilita la experiencia de la duración de los objetos y la síntesis de ellos.

Una vez introducidas las condiciones de posibilidad para la constitución de la unidad objetal –pasando por los desarrollos de la apercepción, la pasividad, los horizontes y la estructura temporal de la conciencia–, se podría pensar que el cuerpo también se encuentra estructurado de esta manera si, como mencionamos, él también presenta una dimensión objetal. Si bien presenta un horizonte interno, esto es, se encuentra abierto a nuevas percepciones, el cuerpo, como los demás objetos, es percibido como unidad a partir de la síntesis de sus percepciones pasadas, presentes, y las posibles percepciones futuras.

Estos desarrollos husserlianos brevemente mencionados son retomados por Merleau-Ponty en *Fenomenología de la percepción*, quien destaca la dimensión genética y pasiva de la constitución corporal. El autor se sirve de ciertos fenómenos corporales para mostrar cómo la unidad corporal es puesta en cuestión. Si bien el cuerpo presenta su dimensión objetal, no se reduce totalmente a ella, no es un objeto como todos los demás.

Como ya mencionamos, el miembro fantasma se entiende como la presencia de una parte de la representación del cuerpo que no debería darse, ya que el miembro correspondiente no está ahí. El sujeto se comporta comprendiendo su presencia, y si bien cognitivamente puede anotar su ausencia, en su vida práctica este anotarse no tiene efecto. De esta manera, siente el miembro como presente, intenta estrechar la mano con el miembro ausente o incluso intentar caminar hasta tropezar. Merleau-Ponty explica que, en este fenómeno, opera una discordancia entre el cuerpo actual y el cuerpo habitual. El cuerpo actual se refiere a la dimensión presente objetiva del cuerpo, que coincide con el anotarse cognoscitivo

de este. Sería el cuerpo en el espejo tal como se ve en este momento. Como mencionamos, toda constitución objetal depende de mis impresiones, retenciones y protenciones, es decir, de su estructura temporal. El cuerpo habitual, así entendido, correspondería al cuerpo sedimentado por todas las experiencias que lo constituyeron. Ahora bien, la referencia a esta discordancia entre el cuerpo habitual y el cuerpo actual comprende cómo las experiencias actuales del cuerpo, las nuevas percepciones, sus fallos, no inciden en la representación de este, no se sedimentan. En otras palabras, el cuerpo sigue actuando en el mundo como lo venía haciendo cuando su brazo estaba presente, ignorando la percepción de su ausencia. Si bien lo percibe cognoscitivamente como ausente, esta percepción no sedimenta, no actualiza la unidad objetal del cuerpo. Para comprender estas particularidades es necesario deslindar la génesis de mi cuerpo como objeto.

3. Génesis corporal: el yo, el otro y el espejo

Tomaremos algunas consideraciones del psicoanálisis que aportarán elementos para pensar la constitución del cuerpo en lo concerniente a su dimensión objetal. En particular, en *El estadio del espejo*, Lacan da cuenta de cómo el cuerpo como unidad no está dado desde el origen, sino que es necesario que se constituya. Es necesario que el *infans*, el niño, se identifique con su imagen en el espejo para dar origen a dicho objeto. Tomando la figura del bebé y las investigaciones de Wallon, el psicoanalista subraya el estado de prematuración con que este viene al mundo. A diferencia de otros animales, su dependencia respecto de otro es total: la alimentación, el movimiento, etc. Sin embargo, tempranamente entre 6 a los 18 meses de edad, donde aún el desarrollo mielinizante, biológico y motor están lejos de su maduración, “el sujeto se adelanta en un espejismo a la maduración de su poder”.¹⁴ Aún no tiene dominio de la marcha, ni siquiera postura en pie, tiene impotencia motriz y su cuerpo no es sentido como una unidad. Aun así encuentra una *Gestalt* en el espejo, una forma completa con la que se identifica.

¹⁴ Lacan, Jacques, “El estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica” en *Escritos*, Tomo I, México, Siglo XXI, 2014, p. 100.

Si bien hay un momento que puede ser ubicable en la historia del sujeto, donde se produce esta identificación, es una exploración activa la que va realizando el niño con respecto a la imagen en el espejo. En líneas generales se pueden distinguir tres momentos de esta exploración. En un primer momento, el niño cree que detrás del espejo hay otro niño real, por lo tanto, vemos que es una imagen que le concierne, aunque encarne a un otro real. En un segundo momento advertirá que lo que ve allí es una imagen, aunque cree que es una imagen de otro. Aquí lo visualizado en el espejo no se confunde con la existencia real, sino que adquiere el valor de imagen, aunque sigue siendo atribuida a otro. Finalmente, en un tercer momento, el niño capta esa imagen y la asume como subjetivamente propia.¹⁵ Este tercer momento es destacado como un acto de júbilo, donde el *infans* gira la cabeza esperando la aprobación de quien lo acompaña, que se podría figurar a la forma de un “*Tú eres eso*”.¹⁶

A partir del estadio del espejo, entonces, surge una nueva función narcisista, “una exterioridad donde sin duda esa forma es más constituyente que constituida”.¹⁷ Si bien la identificación con la imagen en el espejo es constituida en un momento particular del niño, esta tiene también una función constituyente, formadora. Su aparición simboliza “la permanencia mental del yo al mismo tiempo que prefigura su destinación alienante”.¹⁸ La permanencia mental del yo implica la constitución de su instancia objetiva en la cual el niño se identificará y se distinguirá de los otros. Como mencionamos, al comienzo el niño ve su propia imagen en el espejo pero cree encontrar allí a un otro. Al respecto, Merleau-Ponty planteará en *Las relaciones del niño con los otros* que, mientras el niño no tiene conciencia visual de su propio cuerpo, no puede separar lo que vive de lo que viven los otros. El fenómeno de transitivismo infantil sería donde actúa una coaptación del niño por la imagen del semejante.

Es esta captación por la *imago* de la forma humana, más que una *Einfühlung* cuya ausencia se demuestra de todas las maneras en la primera infancia, la que entre los seis meses y los dos años y medio domina toda la dialéctica del comportamiento del niño

¹⁵ Karothy, Rolando H., *El niño, el espejo y la mirada*, Buenos Aires, Lazos, 2019, p. 101.

¹⁶ Lacan, Jacques, *El estadio del espejo...*, *op. cit.* p. 105. En itálica en el original.

¹⁷ Lacan, Jacques, *El estadio del espejo...*, *op. cit.* p. 100.

¹⁸ Lacan, Jacques, *El estadio del espejo...*, *op. cit.* p. 101.

en presencia de su semejante. Durante ese periodo se registrarán las reacciones emocionales y los testimonios articulados de un transitivismo normal. El niño que pega dice haber pegado, el que ve caer llora. Del mismo modo es en una identificación con el otro como vive toda la gama de las relaciones de prestancia y de ostentación, de las que sus conductas revelan con evidencia la ambivalencia estructural, esclavo identificado con el déspota, actor con el espectador, seducido con el seductor.¹⁹

Esta “ausencia de tabique entre el yo y el otro”²⁰ es un fenómeno que da cuenta de la estructura de las relaciones del *infans* con la imagen del semejante, anterior a la instauración del estadio del espejo. El niño es en el otro, se confunde con el otro, y se cree allí donde no está. Podríamos decir que esta indiferenciación entre la imagen del niño y el otro se estructura, no mediante la forma de una empatía, sino como una identificación. Por lo tanto, la caída del otro es sentida como propia: no se pone en el lugar del otro, duele el cuerpo del otro.

Ahora bien, es importante aclarar que el otro, en tanto diferenciado de mí, no está aún constituido como tal. Es necesario que se constituya el yo para que el otro se establezca como diferente del sí mismo. Si bien la constitución de los polos yo-otro se deben dar al mismo tiempo, Merleau Ponty destacará que “la imagen especular del propio cuerpo está atrasada con respecto a la imagen especular del cuerpo del otro”.²¹ La identificación con la propia imagen en el espejo implica mayores dificultades que la imagen visual del otro. El niño cuenta con dos experiencias visuales del otro: el objeto que mira y la imagen en el espejo de él. La identificación no presenta grandes problemas. En cambio, en lo concerniente al propio cuerpo, la imagen en el espejo es el único dato visual completo.

Se trata para él de comprender que esta imagen visual de su cuerpo que ve allí en el espejo, no es él, puesto que él no está dentro del espejo, que él está allí, donde se siente y en segundo lugar, debe comprender que, al no estar localizado allí, en el espejo, al estar localizado allí donde se siente por la interoceptividad, es igualmente visible para un testigo exterior, *en ese*

¹⁹ Lacan, Jacques, “La agresividad en psicoanálisis” en *Escritos*, Tomo I, México, Siglo XXI, 2014, p. 117.

²⁰ Merleau-Ponty, Maurice. *Las relaciones del niño con los otros*, trad. Irma B. Bocchino de González, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1951, p. 67.

²¹ Merleau-Ponty, Maurice. *Las relaciones del niño con los otros*, *op. cit.*, p. 57.

*mismo punto donde se siente, bajo el aspecto visual que le ofrece el espejo.*²²

Se comprende así que el problema de la identificación con la imagen en el espejo implica, por un lado, una transformación en la dimensión espacial: la localización no en donde me veo, sino donde me siento, una localización que no estaba dada de entrada. Al mismo tiempo, la asunción de la propia imagen es constitutiva del yo, por lo que antes de ello no podemos hablar de un yo y un otro diferenciados claramente, sino de una especie de sincretismo y unidad primordial.

Por lo tanto, la formación de la dimensión objetiva del cuerpo constituye la formación del yo, ubicación espacial diferenciada de la de los otros, que al mismo tiempo instaura la posibilidad de ser objeto de la mirada de otros. Del mismo modo que los otros pueden ser objeto de mi mirada, yo puedo serlo de ellos. La formación de este yo, al mismo tiempo, adquiere un carácter particular. La identificación se precipitará en la forma de un yo-ideal.²³ Con esto Lacan se refiere a la discordancia entre las posibilidades del niño debido a su estado de prematuración e incoordinación motriz y la ilusión de totalidad que le devuelve su imagen en el espejo:

Lo que he llamado *el estadio del espejo* tiene el interés de manifestar el dinamismo afectivo por el que el sujeto se identifica primordialmente con la *Gestalt* visual de su propio cuerpo: es, con relación a la incoordinación todavía muy profunda de su propia motricidad, unidad ideal, *imago* saludable; es valorizada por todo el desamparo original, ligado a la discordancia intraorgánica y relacional de la cría del hombre, durante los seis primeros meses, en los que lleva los signos, neurológicos y humorales, de una prematuración natal fisiológica.²⁴

De esta manera, Lacan marca un pasaje de la insuficiencia (biológica, por prematuración, etc.) a la anticipación en la asunción de la imagen, una imagen en la que el niño se ve completo en el espejo que contrasta con la experiencia motriz de incoordinación y fragmentación corporal. “Pues hay allí inevitablemente conflicto entre el yo tal como me siento y el yo, tal como me veo, o tal como los otros

²² Merleau-Ponty, Maurice. *Las relaciones del niño con los otros*, op. cit., pp. 57-58.

²³ Lacan, Jacques, *El estadio del espejo...*, op. cit. p. 100.

²⁴ Lacan, Jacques, *La agresividad en psicoanálisis*, op. cit. p.117.

me ven”.²⁵ De allí que los autores destacan el apresuramiento, la anticipación de la identificación con la imagen respecto del estadio madurativo en que se encuentra el *infans* en ese momento.²⁶

La referencia al cuerpo fragmentado es interesante, ya que es una experiencia que se refleja en el juego de los niños luego del estadio del espejo, donde las expresiones de “arrancar la cabeza” y “abrir el vientre” suelen ser comunes,²⁷ así como también en los sueños de los adultos.²⁸ Sin embargo, cabe aclarar que el cuerpo fragmentado no es un estadio anterior al estadio en el espejo, donde el niño se siente fragmentado y luego avanza a un estadio desarrollado totalizante. Es el mismo estadio del espejo, la asunción de la imagen unificada la que, al constituir el cuerpo como una unidad totalizante bajo los atributos de permanencia, de identidad y de sustancialidad, produce por contraste las *imago*s del cuerpo fragmentado.²⁹

Por lo tanto, podemos ver que en los esbozos de constitución de la propia imagen, por un lado, se refleja la unidad primordial entre el yo y el otro, así como una configuración espacial diferente a la del adulto, teniendo como testimonio el fenómeno del transitivismo. Por otro lado vemos que la conquista de la imagen implica la formación del yo que calificamos de yo-ideal para marcar esta discordancia entre el sentir y el ver, discordancia que retomaremos más adelante; constituye la diferenciación entre el yo y el otro, a partir de la localización espacial en el punto del que los demás pueden verme y desde donde yo miro a los demás; establece una relación de funcionalidad

²⁵ Merleau-Ponty, Maurice. *Las relaciones del niño con los otros*, op. cit., p. 70.

²⁶ La anticipación es una nota del “momento de concluir” que Lacan, en “El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada”, caracteriza como constituyente del yo. Sólo como referencia para dar cuenta de la dimensión temporal de instante, de acto instituyente, que posee el estadio del espejo, citamos: “Pero ¿a qué clase de relación responde tal forma lógica? A una forma de objetivación que ella engendra en su movimiento, es, a saber, a la referencia de un “yo” a la común medida del sujeto recíproco, o también: de los otros en cuanto tales, o sea: en cuanto son otros los unos para los otros. Esta común medida está dada por cierto *tiempo para comprender*, que se revela como una función esencial de la relación lógica de reciprocidad. Esta referencia del “yo” a los otros en cuanto tales debe, en cada momento crítico, ser temporalizada, para reducir dialécticamente el *momento de concluir el tiempo para comprender* a durar tan poco como el *instante de la mirada*. (Lacan, Jacques, “El tiempo lógico y el aserto de servidumbre anticipada” en *Escritos*, Tomo I, México, Siglo XXI, 2014, p. 206).

²⁷ Lacan, Jacques, *La agresividad en psicoanálisis*, op. cit. p.110.

²⁸ Lacan, Jacques, *El estadio del espejo...*, op. cit. p. 103.

²⁹ Lacan, Jacques, *La agresividad en psicoanálisis*, op. cit. p.116.

del organismo con su realidad, del *Innenwelt* con el *Umwelt*,³⁰ así como también será la matriz a partir de las que se configurarán las identificaciones secundarias,³¹ las posteriores identificaciones dentro de la dimensión objetal que llamamos yo.

Ahora bien, como suele ser señalado en la corriente fenomenológica, desde la actitud natural no son tematizadas las operaciones constituyentes de la unidad de un objeto, así como la dependencia de este respecto del sujeto/conciencia. Lo mismo ocurre con el yo y su imagen: su relación con el otro, su dimensión constituyente y su discordancia no son puestos en relevancia al mirarse en el espejo, sino que es experimentado como un objeto que siempre estuvo allí. Tal es la función de desconocimiento, que refiere a los desconocimientos constitutivos del yo en relación a la ilusión de autonomía en que este se confía.³²

Este desconocimiento no es simplemente una característica más, sino que dará cuenta de la extrañeza que despiertan los fenómenos de discordancia y ajenidad corporal. Por ello Merleau-Ponty resalta que la comprensión de la imagen especular no es sólo un fenómeno del orden cognoscitivo, en el cual su pasado queda completamente reabsorbido:

Si se supone que la conquista de la imagen no es sino un aspecto en la continuación total de la que participan todas nuestras relaciones vividas con el otro y con el mundo, se vuelve más fácil de comprender a la vez cómo esta continuación, una vez realizada, funciona como por sí misma y que, participando en todas las contingencias de nuestras relaciones con el otro, sea susceptible de degradaciones y de regresiones.³³

La función del desconocimiento implica la ilusión de autonomía yoica que no permite dar cuenta de las características de su constitución, características que veremos reflejarse en sus regresiones.

³⁰ Lacan, Jacques, *El estadio del espejo...*, op. cit. p. 102.

³¹ Lacan, Jacques, *El estadio del espejo...*, op. cit. p. 100.

³² Lacan, Jacques, *El estadio del espejo...*, op. cit. p. 104.

³³ Merleau-Ponty, Maurice. *Las relaciones del niño con los otros*, op. cit., p. 76.

4. La unidad puesta en cuestión: síntomas, imágenes y voces.

Lo desarrollado corresponde al período en que se instituye el estadio del espejo. Sin embargo, los conflictos que señalamos no son completamente superados en la adultez, sino que allí encontramos recaídas y regresiones en distintos fenómenos. Al comienzo mencionamos el miembro fantasma, donde el cuerpo actual no se corresponde con el cuerpo habitual. En otras palabras, si bien cognoscitivamente puedo reconocer la ausencia de mi brazo, sigo actuando en mis relaciones con el mundo tal como lo hacía cuando este estaba presente. Otro ejemplo donde se refleja esta relación es el crecimiento, el “estirón” de los adolescentes, quienes no se acostumbran a la nueva dimensión de su cuerpo. Por ese motivo, ellos o sus allegados suelen ser aquejados de una cierta “torpeza”, en donde el movimiento de sus extremidades suelen ir más allá de lo esperado. Allí observamos que la imagen del cuerpo actual y el cuerpo habitual no coinciden.

Si la conquista de la imagen comprende nuestras relaciones vividas con el otro y con el mundo, observamos en estos ejemplos cómo vuelve a surgir la discordancia entre el cuerpo tal como lo veo y el cuerpo tal como lo siento. Ahora bien, estos fenómenos surgen a partir de experiencias particulares, y con el tiempo suelen ser “aceptados” o, mejor dicho, la imagen del cuerpo suele ser actualizada, lo cual no implica que quede a salvo de nuevas recaídas.

Ahora bien, esta diferencia entre el cuerpo tal como se ve y el cuerpo tal como se siente da cuenta de la ambivalencia corporal que mencionamos. El cuerpo tiene una dimensión objetal, se comporta como un objeto, pero no se reduce a él. También podemos afirmar que el cuerpo se resiste a ser tratado como tal, no es un objeto sino que es la condición de posibilidad para que haya objetos, es el suelo permanente a partir del cual pueden desprenderse los objetos. Por lo tanto, el cuerpo es y no es objeto, o, utilizando la terminología husserliana, es *Körper* y *Leib*. En palabras de Merleau-Ponty: “La unión del alma y el cuerpo no está sellada por un decreto arbitrario entre dos términos exteriores, uno objeto y otro sujeto. Se lleva a cabo en todo instante en el movimiento de la existencia”.³⁴ Así encontramos la puesta en juego de la dimensión más originaria del cuerpo, su resistencia a ser sólo un objeto y su nota de discordancia.

³⁴ Merleau-Ponty, Maurice, *Fenomenología de la percepción*, op. cit., p. 96.

Por otro lado, se pueden mencionar fenómenos de otro orden, donde la ilusión de autonomía es puesta en cuestión. Tales son los casos de las formaciones del inconsciente que implican una dimensión de ajenidad donde el yo no se siente agente de las mismas. El lapsus, por ejemplo, suele ser atribuido a un error, una equivocación, dejando de lado la significación de la palabra. El yo no se siente agente de esa equivocación, no fue él quien confirmó esa palabra. Lo mismo podríamos decir respecto de los sueños, donde el yo no es quien produce el sueño, sino que tiene que vérselas con ese escenario del cual no es creador. De allí que los pueblos de la Antigüedad clásica conciban a los sueños como un envío de los dioses, es decir, no son ellos sino otros los que los producen.³⁵

Se puede dar un paso más y acentuar los síntomas de conversión histéricos, como el caso de Anna O. que mencionamos al comienzo. Allí se experimenta una dimensión de ajenidad pero esta vez en el propio cuerpo: mientras cuidaba al padre enfermo sucumbe en el sueño donde ve a la serpiente y luego, queriendo despertar, siente el brazo inmóvil y visualiza allí a la serpiente. Luego sobreviene la rígida parálisis del brazo. Por la misma línea podemos tomar el caso de Elizabeth Von R., quien sufría de dolores histéricos en la pierna derecha. Mediante el tratamiento con Freud, expresa la frase que resuelve el síntoma: “no avanzar un paso”.³⁶

En estos casos encontramos otra cara de lo expresado en el miembro fantasma. Aquí es una parte del cuerpo presente que revela cierta ajenidad –como en la anosognosia–, que no se representa como propia. Sin embargo, volvemos a encontrar en esta experiencia la resistencia del cuerpo a ser tratado en su totalidad como objeto. En relación a la espacialidad de los síntomas, y la concepción del psicoanálisis, Lacan afirma:

Es el aspecto de nuestra *praxis* el que responde a la categoría del espacio, si se comprende mínimamente en ella ese espacio imaginario donde se desarrolla esa dimensión de los síntomas,

³⁵ Freud, Sigmund, “La interpretación de los sueños” en *Sigmund Freud Obras completas IV*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1976, p. 30.

³⁶ Freud, Sigmund, “Estudios sobre la histeria”, en *Sigmund Freud Obras completas II*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1976, p. 30.

el que los estructura como islotes excluidos, escotomas inertes o automatismos parasitarios en las funciones de la persona.³⁷

Es interesante resaltar la referencia espacial de los síntomas como “islotes excluidos”. Incluso en el propio cuerpo no son integrados en la totalidad de la identidad, no hay un reconocimiento de ellos como propios. El síntoma expresa más bien una relación entre identidad-ajenidad en la función de la persona, un escorzo que no es parte del *Körper*. Y sin embargo, es integrado en una dimensión más amplia: es y no es mío, o, mejor dicho, no es una dimensión yoica pero concierne al sujeto y a la existencia.

Un último ejemplo aporta otra dimensión respecto de esta relación entre mismidad y ajenidad. Tal es el fenómeno de alucinación verbal, en donde la ajenidad adquiere el carácter personificado de otro. Allí la persona escucha voces que no reconoce como propias, o incluso, si dice que son sus pensamientos, es otro el que los induce. A diferencia del lapsus, que muchas veces es interpretado como un error, aquí el responsable es siempre otro. Para comprender el fenómeno, Lacan, en el *Seminario III*, señala que habría que preguntarse “¿quién habla?”, ya que en muchos casos es el sujeto mismo quien articula lo que dice escuchar:

Las alucinaciones verbales se producían en personas en las que podía percibirse, por signos muy evidentes en algunos casos, y en otros mirándolos con un poco más de atención, que ellos mismos estaban articulando, sabiéndolo o no, o no queriendo saberlo, las palabras que acusaban a las voces de haber pronunciado.³⁸

Por lo tanto, encontramos que, en algunos casos, es visible que la persona misma es quien pronuncia las palabras, pero no son reconocidas como propias, no es el yo quien las produce. Es así que Merleau-Ponty destaca:

Hay una especie de sincretismo, que interviene en las relaciones con el otro y que hace que voces extrañas puedan habitar en el cuerpo propio. Si el enfermo siente voces en su cabeza, es porque no se distingue en absoluto del otro y que cuando habla por ejemplo, puede creer que es el otro el que habla.³⁹

³⁷ Lacan, Jacques, *La agresividad en psicoanálisis*, op. cit. p.114.

³⁸ Lacan, Jacques, *El seminario. Libro 3: Las psicosis*, Buenos Aires, Paidós, 1984, p.39.

³⁹ Merleau-Ponty, Maurice. *Las relaciones del niño con los otros*, op. cit., p. 66.

Entonces, lo que el autor pone de relieve es esta unidad primordial, anterior al estadio del espejo, donde el yo y el otro se encuentran indiferenciados, o incluso no corresponde hablar de yo y otro ya que uno necesita del otro para establecerse. Al mismo tiempo, en esta unidad aún no actúa la localización espacial del propio cuerpo desde la cual los otros me pueden ver y donde se encuentra ausente la identificación con una imagen formadora del yo, al modo de *Gestalt*, que dé cuenta del cuerpo sentido como descoordinado, fragmentado, en su comparación. En otras palabras, la unidad corporal es un punto de llegada, pero no es un punto estable, madurativo y definitivo, sino que su estructura se demuestra lábil.

5. Conclusiones

Vemos que la imagen del propio cuerpo, que en un principio parece ser el reservorio de identidad, comprende también otras dimensiones, aunque no tematizadas cotidianamente. En el recorrido de este artículo dimos cuenta de que el yo y el otro se co-constituyen, lo cual resalta la dimensión de alteridad en la identidad: el yo se constituye por el otro, y el otro, para diferenciarse, se tiene que diferenciar del yo. De esta manera yo y otro quedan unidos y diferenciados.

Sin embargo, no hay que olvidar que para que se produzca la identificación especular, es necesario la construcción de un modelo con el cual identificarse. Si bien la imagen visual en el espejo no es un dato a obviar, no es condición necesaria para que se constituya el yo. En otras palabras, el estadio del espejo no es un fenómeno visual, sino que el modelo lo puede aportar otro. De allí que el niño confunda su imagen con la de otro niño en el fenómeno del transivismo. Aun más, la imagen también es constituida por palabras. En algunos casos, la apreciación de otro sobre la propia imagen tiene impacto en la concepción yoica. Y lo mismo podemos decir respecto del niño, donde las palabras de los otros irán constituyendo esa imagen con la que identificarse. Por ello Lacan menciona que el estadio del espejo instaura el yo-ideal. Es decir, no es una correspondencia punto por punto con la imagen en el espejo, sino una construcción idealizada que comprende las significaciones de los otros sobre

la imagen: este es el punto ideal a partir del cual se desprenderán las identificaciones secundarias.⁴⁰

La imagen especular es totalmente permeable al reconocimiento del otro, y esto se puede reconocer en la génesis de esta, donde la imagen es una construcción en la que interviene el sentido que el otro aporta. Retomando el relato antes mencionado sobre el estadio del espejo, se enfatiza que, mirándose al espejo, el niño se da vuelta como esperando la confirmación del Otro que lo sostiene, que le aporte el “tú eres eso”. Sin embargo, la matriz de la *Urbild* del Yo comprende la relación con el otro del que dimos cuenta a partir del fenómeno del transitivismo: la falta de distancia entre el yo y el otro.⁴¹ Vemos que entre el “tú eres eso” y el famoso “yo es otro” no hay mucha distancia. No solo la imagen propia se constituye tomando como modelo a otro que hago propio, sino que el Otro es condición de posibilidad para la construcción de la dimensión objetal del cuerpo.⁴²

Por lo tanto, el yo no está libre de la ajenidad, sino, como citamos antes, el otro habita mi propio cuerpo. Sin embargo, la ilusión de autonomía, el desconocimiento, oculta esta dimensión constituyente. Que el yo y el otro son inicialmente indiferenciados, o, en otras palabras, que el yo sea otro, no es algo obvio.

El estadio del espejo, la asunción de la propia imagen, es constituyente del yo, su localización espacial como objeto de mirada de otros, así como la diferenciación y separación del yo y el otro. Esta no es una estructura firme, sino más bien lábil. Se trata, como dice Merleau-Ponty:

⁴⁰ Cabe aclarar que hay una diferencia entre lo que acá Lacan llama “identificaciones secundarias”, y lo que luego en su obra, en particular el *Seminario IX: La identificación* caracterizará como identificaciones primarias, secundarias, etc. En este recorrido, la identificación secundaria es asimilable al narcisismo secundario, una identificación imaginaria en relación al yo. Más adelante la identificación secundaria será comprendida como una identificación simbólica, en relación a un rasgo del Otro, que tendrá el nombre de *trazo unario*.

⁴¹ Lacan, Jacques, “Acerca de la causalidad psíquica” en *Escritos*, Tomo I, México, Siglo XXI, 2014, pp. 177-178.

⁴² La diferenciación entre otro con minúscula y Otro con mayúscula, en psicoanálisis, implica diferentes dimensiones de la alteridad. Sólo diremos que el otro con minúscula es referido al semejante, al par, a una alteridad que se encuentra en relación simétrica con el yo. En cambio, el Otro con mayúscula implica una relación asimétrica con el yo, y uno de sus nombres es el lenguaje, como fundamento en el cual se constituye el sujeto. Una dimensión es el otro que aporta el modelo al que el yo se identifica, y otra es el Otro como fundamento del sujeto.

“[...] de la adquisición de un cierto estado de equilibrio de nuestra percepción, que, como todo estado de equilibrio privilegiado, tiende a mantenerse sin estar a cubierto de las intervenciones de la experiencia.⁴³

En otras palabras, si bien la asunción de la imagen especular provee estabilidad espacial, un punto de identificación, que encuentra su correlato en la estabilidad con que nos reconocemos en la vida cotidiana, al mismo tiempo sus recaídas demuestran su dependencia del otro, su fragmentación y su discordancia. En contraposición a una ilusión de autonomía tenemos una imagen sostenida en la alteridad.

⁴³ Merleau-Ponty, Maurice. *Las relaciones del niño con los otros*, op. cit., p. 76.

Bibliografía

- Freud, Sigmund, “Estudios sobre la histeria” en *Sigmund Freud Obras completas II*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1976.
- “La interpretación de los sueños” en *Sigmund Freud Obras completas IV*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1976.
- “Cinco conferencias sobre psicoanálisis” en *Sigmund Freud Obras completas XI*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1976.
- Husserl, Edmund, *Lecciones de fenomenología de la conciencia interna del tiempo*, trad. Agustín Serrano de Haro, Madrid, Trotta, 2002.
- *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica. Libro segundo: Investigaciones fenomenológicas sobre la constitución*, trad. Antonio Ziri3n Quijano, México, FCE, 2005.
- “Método fenomenológico estático y genético (1921)”, trad. Ignacio Quepons Ramírez, en *Acta Mexicana de Fenomenología*, vol. 3, Abril 2018, pp. 117- 125.
- Karolyi, Rolando H., *El niño, el espejo y la mirada*, Buenos Aires, Lazos, 2019.
- Lacan, Jacques, *El seminario. Libro 3: Las psicosis*, Buenos Aires, Paid3s, 1984.
- “El estadio del espejo como formador de la funci3n del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica” en *Escritos*, Tomo I, México, Siglo XXI, 2014, pp. 99-105.
- “La agresividad en psicoanálisis” en *Escritos*, Tomo I, México, Siglo XXI, 2014, pp. 107-127.
- “Acerca de la causalidad psíquica” en *Escritos*, Tomo I, México, Siglo XXI, 2014, pp. 151-190.
- “El tiempo lógico y el aserto de servidumbre anticipada” en *Escritos*, Tomo I. México, Siglo XXI, 2014, pp. 193-208.
- Merleau-Ponty, Maurice. *Fenomenología de la percepci3n*, trad. Jem Cabanes, Barcelona, Planeta Agostini, 1985.
- *Las relaciones del niño con los otros*, trad. Irma B. Bocchino de González, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1951.
- Osswald, Andrés M., “El concepto de pasividad en Edmund Husserl” en *Areté. Revista de Filosofía*, vol. XXVI, n3 1, 2014, pp. 33-51